



Artículo de Revisión de Tema

Arqueología y genealogía en Michel Foucault

Iván Dario Carmona Aranzazu¹

● Resumen

Foucault intenta mostrar cómo la gran tarea que se nos propone desde la crítica, es estar atentos a los discursos de la verdad a lo largo de nuestras diversas y múltiples prácticas morales. Debemos volcarnos sobre una historia del presente, una historia que disuelva las grandes idealidades y que en su paso por los conceptos proponga una descomposición de los acontecimientos que subyacen en estos. Esto quiere decir que los grandes pilares sobre los que se sostenía la historia tradicional (sistematicidad, continuidad y consenso) se verían afectados ahora, por una mirada de sospecha sobre la verdad del discurso que soporta este acontecimiento. Dicho de otra manera, Foucault, adoptando la mirada genealógica de Nietzsche, propone fijar la atención en las formas de poder que están presentes en el origen de todo acontecimiento, que emergen de toda práctica moral y que conlleva el sino de lo azaroso y de lo contingente.

Palabras clave: Arqueología, genealogía, discurso, historia.

¹ Candidato a Doctor en Filosofía de la Universidad Pontificia Bolivariana. Además es Magister en Filosofía, Especialista en Ética y Licenciado en Filosofía y Letras de la misma Universidad. Actualmente se desempeña como docente investigador y como Coordinador Académico de los Posgrados en Filosofía de tal institución. Es autor de varios libros y artículos dedicados a asuntos éticos.

Contacto: ivan.carmona@upb.edu.co

FECHA RECIBIDO: 18 - 02 - 2015 / FECHA ACEPTACIÓN: 22 - 05 - 2015



Arqueologia e genealogia em Michel Foucault

● Resumo

Foucault intenta mostrar como a grande tarefa que se nos propõe desde a crítica, é estar atentos aos discursos da verdade ao longo de nossas diversas e múltiplas práticas morais. Devemos debruçarmos sobre uma história do presente, uma história que dissolva as grandes idealidades e que em seu passo pelos conceitos proponha uma decomposição dos acontecimentos que sobejassem nisto. Isto quer dizer que os grandes pilares sobre os que se sustenta a história tradicional (sistematicidade, continuidade e consenso) se veriam afetados agora, por uma olhada de suspeita sobre a verdade do discurso que suporta este acontecimento. Dito de outra maneira, Foucault, adotando a olhada genealógica de Nietzsche, propõe fixar a atenção nas formas de poder que estão presentes na origem de todo acontecimento, que emergem de toda prática moral e que envolve o senão do frustrado e do contingente.

Palavras chaves: Arqueologia, genealogia, discurso, história.

Archeology and genealogy in Michel Foucault's work

● Abstract

Foucault tries to demonstrate how the great task proposed by critic is to be in alert before the truth speeches throughout our diverse and multiple moral practices. We must focus on a history of the present time, a history that dissolves the great idealizations and, with its pass through concepts, proposes a decomposition of the facts that lie behind them. This means that the pillars supporting the traditional history (systematicity, continuity and consensus) would be affected now by a suspicion on the speech of truth that supports this fact. In other words Foucault, adopting the genealogical view of Nietzsche, proposes to focus on the forms of power that can be seen in every fact, emerge from every moral practice and carry the fate of the randomness and of the contingent.

Key words: Archeology, genealogy, speech, history.

● Introducción

En un artículo de Inés Dussel (2003), titulado "Foucault y la escritura de la historia: Reflexiones sobre los usos de la genealogía", se lee lo siguiente:

Poco después de la publicación de *Las palabras y las cosas* en 1966, Jean Paul Sartre acusó a Michel Foucault de estar asesinando a la historia (Descombes, 1996, 117). Sartre no estaba solo en esta crítica. Para los historiadores cercanos al marxismo el rechazo foucaultiano de la teleología y su rechazo a fundar la narrativa histórica en un imperativo político-moral era equivalente a decretar el fin de la historia. Del otro lado los historiadores tradicionales consideraron que si la historia era *solamente* (el énfasis era de ellos) una práctica interpretativa y no el descubrimiento de lo que verdaderamente sucedió, como preconizaba von Ranke, la empresa historiográfica no tenía ninguna utilidad ni rigor.

Es claro que Foucault estaba introduciendo una gran ruptura en la concepción de la historia, y de las ciencias y saberes en relación con ésta, el nombre de historia tradicional y su contenido estaba siendo cuestionado, de la misma forma que su finalidad. Las prácticas histórica y filosófica estaban en la mira de su visión crítica, en un principio por su absoluta inmovilidad, por su dependencia al modelo historiográfico basado en la memoria y exaltación de grandes acontecimientos, de moles paquidérmicas de acontecimientos en los que se diluía el verdadero discurso que les dio origen, la verdadera práctica moral de la que emergen. Detrás de cada acontecimiento hay un discurso que lo temporaliza, que lo muestra en otra dimensión. La propuesta de Foucault es desestabilizar el conocimiento donde quiera que éste se dé y estar atento a las formas discursivas donde éste se manifiesta. Para mediados de la década de los 60s y comienzo de la década de los 70s, este planteamiento es bastante fuerte, porque implica un repensar las categorías históricas, su sistemática y ordenada inalterabilidad y cambiar

todo esto por una concepción contingente de los hechos históricos, pensarlos más bien como acontecimientos situacionales.

En esa búsqueda permanente de Foucault por hallar los elementos con los cuales precisar la intuición Nietzscheana de la sospecha sobre la cultura y su discurso, se plantean paradójicamente dos tipos de análisis históricos: la Arqueología y la genealogía. En cada uno de ellos las instituciones son sometidas a una revisión crítica de su discurso y del modo como éste se hace operativo en las llamadas formas de control o tecnologías morales. Es evidente que, desde Foucault, la filosofía deberá refinar su actividad, pensar vuelve a ser ahora una actividad de riesgo, con el aditamento nietzscheano del abismo y la ironía borgiana que logra trazar una sombra de malestar sobre todo aquello que concebimos como realidad. Dice Foucault en el prefacio a *Las palabras y las cosas*:

Este texto de Borges me ha hecho reír durante mucho tiempo, no sin un malestar cierto y difícil de vencer. Quizá porque entre sus surcos nació la sospecha de que hay un desorden peor que el de lo incongruente y el acercamiento de lo que no se conviene; sería el desorden que hace centellear los fragmentos de un gran número de posibles órdenes en la dimensión, sin ley ni geometría, de lo heteróclito; y es necesario entender este término lo más cerca de su etimología: las cosas están ahí "acostadas", "puestas", "dispuestas" en sitios a tal punto diferentes que es imposible encontrarles un lugar de acogimiento, definir más allá de unas y de otras un lugar común... Las heterotopías inquietan, sin duda porque minan secretamente el lenguaje, porque impiden nombrar esto y aquello, porque rompen los nombres comunes o los enmarañan porque arruinan de antemano la "sintaxis" y no sólo la que construye las frases –aquella menos evidente que hace "mantenerse juntas" (unas al otro lado o frente de otras) a las palabras y a las cosas. Por ello, las utopías permiten las fábulas y los discursos: se encuentran el filo recto del lenguaje, en la dimensión fundamental de la fábula; las



heterotopías (como las que con tanta frecuencia se encuentran en Borges) secan el propósito, detienen las palabras en sí mismas, desafían, desde su raíz, toda posibilidad de gramática; desatan los mitos y envuelven en esterilidades el lirismo de las frases (1993, p. 3).

Nietzsche delinea los bordes de ese nuevo mapa filosófico que Foucault traza no sin dificultad entre los intersticios de los discursos, en los orígenes inciertos de los vocablos, en las prácticas institucionales donde tienen comienzo las ideologías, todo está atravesado por el poder, por una cierta manera o práctica del poder. Por lo tanto, indagar por la cultura o por cualquiera de sus aspectos, es indagar por las formas como aparece permeada en el discurso una cierta ideología. Sobre esa práctica discursiva debe trabajar la filosofía; lo que se pone en juego aquí es la verdad y sus mecanismos institucionales, lo que queda al descubierto es la fragilidad y la temporalidad de dicho discurso. Nietzsche señala el camino, sospecha sobre la verdad; toda verdad establecida e inmodificable es un error. Foucault recorre ese camino ya no sumergiéndose en las profundidades de la metafísica, sino caminando descalzo sobre la superficie del discurso, en los forcejeos preliminares a toda conceptualización.

Si toda verdad es sospechosa y todo discurso es la manifestación de los modos como esa tensión se legitima, es decir, se hace cultura e historia, entiéndase memoria y permanencia; entonces, el filósofo debe ser en primera instancia, un descubridor de estos síntomas, y deberá trabajar con ellos a la manera de un psicólogo, no sólo sobre las cosas o sobre las palabras, sino construyendo perspectivas o puntos de vista sobre la relación, mostrando la tensión que en ello se genera, como lo leemos en *La verdad y las formas jurídicas*: "... creo que en la sociedad, o al menos en nuestras sociedades, hay otros sitio en los que se forma la verdad, allí en donde se define un cierto número de reglas de juego, a partir de las cuales vemos nacer ciertas formas de subjetividad, dominios de objetos,

tipos de saber y, por consiguiente, podemos hacer a partir de ello una historia externa, exterior de la verdad" (Foucault, 1996, p.17).

Partiendo de este planteamiento podemos decir que una teoría sobre el orden del discurso en Foucault pretende mostrar cómo se da ese proceso de construcción y deconstrucción del pensamiento en el orden de la cultura, atravesado siempre por los ejes de la ética y la política, donde las formas de la moral y el poder son los puntos de enlace, los eslabones que comunican, de una manera incierta e imprecisa, los acontecimientos y la vida. Esta reflexión sobre el discurso es obligada pues, éste no es más que el escenario, desde donde es posible una mirada arqueológica y genealógica.

En Michel Foucault descubrimos la figura del filósofo que retoma la preocupación por sí mismo, y la vuelve trabajo crítico. Pensarse a sí mismo a través de una mirada atenta sobre el discurso de la institución, tomando como ejes centrales de su pensar la insistencia en deconstruir la relación saber-verdad, la práctica del poder y la pregunta ética. Pensar nuestro propio tiempo con sus formas y sus relaciones a través del discurso y asumir éste como el gran acontecimiento, ya que todo control se ejerce realmente sobre los niveles discursivos, es decir, sobre las formas jurídicas y morales que enmarcan la cultura. Por lo tanto, todo discurso representa un afuera y un adentro, al mismo tiempo que nos ubica en el plano de la verdad y la ambigüedad. Un trabajo sobre el discurso, en esta medida, nos pone frente a las instituciones y sus mecanismos de control a través del discurso. En *El orden del discurso* se plantea de la siguiente manera: "yo supongo que en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por un cierto número de procedimientos que tienen por función conjura los poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y temible materialidad" (Foucault, 1992, p. 11), por lo que de manera muy clara Foucault se refiere a los procedimientos de exclusión y a las formas

que adquieren a través del discurso prohibido, la oposición razón-locura y la oposición verdadero-falso. Todo discurso define un límite, traza un círculo y una circulación, y en ese orden de ideas un filósofo es aquel que intenta hacer el recorrido de dichas transformaciones, recorrido que aunque empiece en la periferia siempre tendrá que pasar por el verdadero punto de quiebre que es el lenguaje y sus transformaciones.

En el discurso está ausente el rostro, no es el sujeto el portador definitivo y último de éste, la responsabilidad no recae sobre una identidad precisa, la ambigüedad siempre favorece a la institución, como aparece en este pasaje de *La Arqueología del saber*: “más de uno como yo sin duda, escribe para perder el rostro. No me pregunten quién soy, ni me pidan que permanezca invariable: es una moral de estado civil la que rige nuestra documentación: que nos dejen en paz cuando se trata de escribir” (Foucault, 1972, p. 29). En este nuevo orden, escribir remite a pensar, a revisar críticamente el discurso de la cultura y de la historia que le da legitimidad moral y legal, a esto se refiere cuando hace énfasis en la moral de estado civil. No aparece el rostro sino un enunciado en su lugar. Esa moral civil es la superficie de las instituciones, es quien le da corpus, el cual se presenta en forma de ideología, es claro entonces, cómo para Foucault, todo discurso es un documento atravesado o tocado por el poder.

Desde este análisis empieza a ser claro para Foucault cómo la filosofía y el filosofar requieren de un giro sustancial en su ejercicio, el problema ya no estaría tanto en las profundidades del pensamiento, sino en la superficie, donde se da el discurso. Y eso hace de la Arqueología y de la Genealogía los nuevos lentes con los que se construiría una nueva perspectiva sobre el problema de la verdad.

Ángel Gabilondo en su libro: “El discurso en acción” nos comparte esa sospecha de que el problema

se ha desplazado y que hoy ya no se trata de una pregunta por el pensar, sino de una pregunta que se daría en los siguientes términos ¿qué es hablar?: “se trata de mostrar más que de decir. El objetivo no sería que surja lo que pensamos, sino que se creen las condiciones para que sea posible pensar otra cosa y, como vemos, esto se produce precisamente en la superficie”² Según Paul Ricoeur hay una doble motivación en el lenguaje, que él nombra como voluntad de sospecha y voluntad de escucha, lo cual nos lleva a pensar en la deconstrucción como la forma manifiesta del lenguaje. El problema en última instancia no sería la interpretación del discurso, sino la manifestación clara de unas formas establecidas a través de él.

Para el abordaje de este discurso, Foucault, propone un método, la descripción arqueológica, donde lo importante son los discursos mismos como prácticas reglamentadas y no lo que está oculto o manifiesto en él. El discurso será entendido en su carácter de práctica, en esa medida para la arqueología adquiere una forma clara de acontecimiento, cuya consecuencia inmediata será dejar hablar al discurso hasta sus últimas consecuencias: “¿Qué busca en realidad la Arqueología?, nada más ni nada menos que una re-escritura, quiere ser la transformación metódica de lo que ya se ha escrito, la descripción sistemática de un discurso objeto” (Guedez). Detengámonos de nuevo en esa acción: Re-escritura, volver sobre lo escrito, sobre su huella, no para interpretarlo, y mucho menos, para simplemente, realizar un diagnóstico, sino como lo dice Annie Guedez, para descubrir lo discontinuo en las grietas del discurso, es decir, en aquellos elementos que vuelven porosa una cultura y que permite detectar o estar presente en el acontecimiento, aquí real y discursivo en el cual como dice Foucault: “en pocos años una cultura deja de pensar como solía hacerlo hasta entonces y se pone a pensar otra cosa y de otra manera” (Foucault, 1972, p. 64).

La Arqueología se propone como el nuevo piso epistemológico donde se produce el saber, y

2 Cfr: GABILONDO, Ángel. *El discurso en acción*.



cuyo objeto es el discurso, entendiendo éste como acontecimiento, y cuya unidad mínima es el enunciado. Estos enunciados en su conjunto nos permiten situar el concepto de “Formación discursiva”, concepto básico, según Foucault, en este nuevo presupuesto metodológico. Al interesarle a la Arqueología el enunciado como tal, y sólo éste, estaría renunciando a todo aquello que se sitúa antes o después del discurso, en definitiva, su interés estaría centrado en los cambios o las permanencias del mismo y no en su interpretación. En *La Arqueología del saber* Foucault dice:

Un enunciado es siempre un acontecimiento que ni la lengua ni el sentido pueden agotar por completo. Acontecimiento extraño, indudablemente: en primer lugar porque está ligado por una parte a un gesto de escritura o a la articulación de una palabra, pero por otra parte se abre a sí mismo una existencia remanente en el campo de una memoria, o en la materialidad de los manuscritos, de los libros y de cualquier otra forma de conversación. Después porque es único como todo acontecimiento, pero se ofrece a la repetición, a la transformación, a la reactivación; finalmente porque está ligado con situaciones que lo provocan y con consecuencias que el mismo incita, sino a la vez y según una modalidad totalmente distinta, con enunciados que lo preceden y que lo siguen”³.

Significa esto, reconocer en cada enunciado una especificidad, una singularidad que marca y que moldea las formas del discurso más allá del pensamiento, aunque no a espaldas de él. El enunciado se articularía en el gesto que da cabida a la escritura o a la palabra, y que como lo menciona el texto, atraviesa el campo de la memoria, para abrirse desde allí a otras posibilidades que Foucault llamaría combinatorias, y que a renglón seguido buscarían conformar su propia materialidad, su corporalidad, en cualquiera de las múltiples formas que asumen las comunicaciones (manuscrito, libro, conversación, etc.) y que estructura la materialización del discurso.

Esto nos lleva a tomar en consideración la preocupación de Michel Foucault cuando con relación al enunciado se pregunta: ¿Cómo es que ha aparecido tal enunciado y ningún otro en su lugar?, es decir, cómo es posible un discurso y no otro. Existe un azaroso juego de posibilidades en todo discurso, que lo hace excluyente y que le fija un rumbo. Este viraje, este azaroso devenir del discurso, esta fisura, es lo que realmente le interesa a la Arqueología. “Esa singular existencia” como la llama Foucault, se da como forma particular en un discurso, y sólo allí logra tener existencia, pues este enunciado no puede hacerse extensivo a otro espacio o a otros tiempos diferentes. ¿Por qué se dice lo que se dice en ese presente, y que no podría decirse en otro tiempo o en otro espacio, y que se fija sólo allí como acontecimiento? Porque precisamente para Foucault un enunciado es una función de existencia y no una frase, una proposición o un acto de lenguaje, no se comporta como una simple estructura lingüística. Un enunciado funciona como un registro de la cultura, y en ese sentido es posible asociarlo al término acontecimiento, parodiando a Foucault, aquello que se supone que ya ha sido dicho, pero que jamás ha sido realmente dicho.

La Arqueología trabaja sobre las formaciones discursivas, trabaja sobre aquellos enunciados específicos que atraviesan las teorías, las ideologías, las diferentes ciencias, los textos, la conversación cotidiana; como si cada uno de ellos fueran pequeños núcleos que en su rotación sobre sí mismos producen movimientos con una dirección determinada. No es tarea suya interpretar, sólo importa el enunciado en tanto acontecimiento.

A partir de estos enunciados podríamos decir que la Arqueología no es la búsqueda de un origen, ni es en este sentido, la recolectora de piezas para musear, piezas que funcionarían como réplica o memoria para leer en ellas la historia de la cultura. La Arqueología tal y como la entiende Foucault se mueve únicamente en el terreno del discurso, y es posible sólo en el momento en que aparecen

3 *Ibíd.* p. 46.

los enunciados y gracias a poder detectar la formación discursiva que los agrupa. Foucault se preocupa por entender que son en última instancia la medicina, la gramática, la economía, etc. Qué son ese pequeño grupo de discursos, de formaciones discursivas sobre las cuales recae una determinada forma de la verdad, se preocupa del cómo debe entenderse dicho sistema de exclusión que marca cada discurso como una territorialidad. El discurso es el efecto de un movimiento permanente de enunciados donde lo nuevo aparece sólo en la reiteración que marca la diferencia, haciéndole un juego de ocultamiento-desocultamiento a las instituciones y sus lenguajes jurídicos.

Cuando Foucault habla de formación de las modalidades enunciativas, en la II parte de la Arqueología del saber; y atendiendo al orden de las preguntas con las que quiere desarrollar este problema, expresa la siguiente inquietud: “¿quién habla? ¿Quién, en el conjunto de todos los individuos parlantes, tiene derecho a emplear esta clase de lenguaje?, ¿quién es el titular? ¿Quién recibe de él su singularidad, sus prestigios, y de quién, en retorno, recibe ya que no su garantía al menos su presunción de verdad? ¿Cuál es el estatuto de los individuos que tienen –y sólo ellos- el derecho reglamentario o tradicional, jurídicamente definido o espontáneamente aceptado, de pronunciar semejante discurso”⁴, múltiples preguntas que buscan horadar el verdadero propósito de la Arqueología, que indagan por la legitimidad del discurso y de la verdad, por las instituciones y sus mecanismos o tecnologías morales de inserción en la cultura y en la historia.

Como lo hemos expresado desde el comienzo, en el discurso el sujeto se pierde, es borrado por esa moral de estado civil que lo rige, que lo delimita como una conciencia que le prohíbe, que le marca, que le regula que le niega y le obliga el decir. Llama la atención aquí Foucault sobre la relación del lenguaje con lo otro, territorio poblado y vacío al mismo tiempo, donde todo aparece y

desaparece, la Arqueología asume del lenguaje su discontinuidad.

Hablemos ahora del tránsito que se opera como una necesidad metodológica, de la Arqueología a la Genealogía. En la Arqueología la relación se establece entre prácticas discursivas, mientras que en la genealogía se trata de prácticas no-discursivas, prácticas no verbales. Leemos en un aparte del trabajo de grado de Johman Carvajal y Santiago Restrepo “A propósito del análisis genealógico en Michel Foucault” y publicado en la revista Escritos, lo siguiente: “ En el momento en que dentro del análisis Arqueológico se plantea el concurso de prácticas no discursivas, y creemos que primordialmente la presencia de la institución; en ese momento, si se quiere describir tal acontecimiento, la arqueología no tiene mucho que hacer precisamente por la presencia de ese nuevo elemento. Ocurre que se cambian los elementos de análisis donde el enunciado ya no funcionará por sí solo, o en función de otros sino que aparece dirigido a una institución en la que produce a partir de ciertas prácticas no-discursivas. En ese momento se convierte la arqueología en genealogía. Siempre que tengan que ver las formaciones discursivas con prácticas no-verbales, el discurso dicho o escrito con la institución, será un dominio exclusivo de la genealogía”(Restrepo, 1990, p. 18).

Nietzsche es el primero en utilizar la genealogía como un método histórico de análisis, como la vía desde donde puede trabajar sobre la sospecha que ya había generado en él un primer vistazo a los lenguajes que preservan la cultura. La genealogía lo pone todo en cuestión, claro está, que en el filósofo alemán el punto neurálgico es el valor y los modos de valoración. Poner en duda los valores, sospechar del sistema que los convalida, esto significa, deconstruir la historia de la moral, hacer una genealogía de la moral.

En su texto *Nietzsche, la genealogía y la historia*, Foucault dice: “la genealogía no se opone a la

4 *Ibid.*, p. 82.



historia como la visión altiva y profunda del filósofo se opone a la mirada de topo del sabio; se opone por el contrario, al desplegamiento metahistórico de las significaciones ideales y de las indefinidas teleologías. Se opone a la búsqueda del origen" (Foucault, 2004, p. 13). En la genealogía se pretende encontrar el punto de quiebre, el punto de inflexión, donde lo formulado ya no es la memoria sino el olvido; donde lo que se pretende es rastrear la huella, la marca, pero no el origen en sí mismo o por sí mismo, como pretendiendo darle una continuidad a la historia. Se trata más bien de señalar las discontinuidades y las rupturas de lo que azarosamente llamamos historia: "la genealogía no pretende remontar el tiempo para restablecer una gran continuidad más allá de la dispersión del olvido; su tarea no es mostrar que el pasado está aún ahí, bien vivo en el presente, animándolo todavía en secreto, después de haber impuesto a todos los obstáculos del camino una forma trazada desde el principio. Nada que semeje a la evolución de una especie, al destino de un pueblo"⁵.

Para la genealogía los accidentes y las rupturas son esenciales, y por ello, el método lo que posibilita es una perspectiva frente a la historia como un todo, el error está en el origen de nuestra manera de pensar, de nuestra manera de valorar: "es descubrir que en la raíz de lo que conocemos y de lo que somos no hay ni el ser ni la verdad, sino la exterioridad del accidente"⁶. En la genealogía no se busca el fundamento, no se pretende armonizar los elementos que están en conflicto, muy por el contrario, se trata de agudizarlos, de darles una movilidad que los lleve a salir del cómodo lecho en el que han dormitado durante siglos como fórmulas o preceptos universales inamovibles e incuestionables.

No quiere decir esto que en el método de la genealogía no exista el rigor, lo que no existe es la rigidez de los conceptos y las verdades, no se

enfocan grandes períodos o épocas de la historia, sino acontecimientos, problemas que surgen en ciertas épocas o a partir de ciertos azares tanto del pensamiento como del obrar humano. Como nos lo muestra este comentario extraído del trabajo de Restrepo y Carvajal: "Ahora bien, podemos ver que la genealogía tiene una tarea determinada. Cuando impone su método de análisis no parte a buscar "orígenes"; origen de un problema, origen de un discurso u origen de una institución. Más bien se ocupa de "lo sospechable" que existe en los comienzos; de que en los orígenes de las grandes cosas se pasean luchas, máscaras, trampas, traiciones y muchas veces bajos pensamientos. Es el acabose de la solemnidad de los orígenes"⁷. Hay en la genealogía una rebelión contra las formas acabadas de la cultura, contra la moral hermética, contra la filosofía de los sistemas acríticos, contra la historia como memoria de los acontecimientos, contra el filósofo como legislador de la verdad.

"La historia efectiva, por el contrario, dirige sus miradas hacia lo más próximo, -al cuerpo, al sistema nervioso, a los alimentos, a la digestión, a las energías-; indaga las decadencias; y si afronta las épocas lejanas es con la sospecha -no rencorosa sino jovial- de un hormigueo bárbaro e inconfesable"⁸. El análisis genealógico pretende darle perspectiva y altura a la búsqueda que el filósofo emprende sobre las formas de la cultura, búsqueda que está precedida de la sospecha de que en el origen habitaba la máscara; y es por ello que Nietzsche puede afirmar en la Genealogía de la moral que en el origen el error y la vaguedad fueron puesto en nombre de la verdad. Por eso la genealogía pretende un conocimiento diferencial, un conocimiento que dé cuenta del abismo, y que postule no una respuesta o solución, sino que permita que dicho asombro sea nuestra morada. No se trata de rechazar la mascarada sino de llevarla hasta sus últimas consecuencias. Se trata en última instancia, como dice Foucault, de reconocer que: "vivimos en una multitud de decorados"⁹.

5 Ibíd. P. 27.

6 Cfr: NIETZSCHE, Federico. La genealogía de la moral. III, p. 17.

7 P. 20

8 Ibíd. P. 52.

9 Ibíd. P. 60.

● Conclusiones

Al filósofo le corresponde construir esos ángulos, esas perspectivas, y saber que su mirada es tan provisional como el acontecimiento en el que se recrea. La historia no existe más que en el presente, y pensar sólo es pensarse desde un acontecimiento, desde un acontecer: "De todas formas, se trata de hacer de la historia un uso que la libere para siempre del modelo, a la vez metafísico y antropológico, de la memoria. Se trata de hacer de la historia una contramemoria, - y, como consecuencia, desplegar en ella una forma completamente distinta del tiempo-"¹⁰. Si la genealogía propone un uso diferente de la historia, no es para insinuar otra en su lugar, y mucho menos para sugerir que dicho espacio quede vacío, ese lugar siempre será ocupado por una perspectiva, no por un relativismo, sino por una mirada cada vez más aguda, por una suerte por una suerte o un azar que se debe ir conformando en el acontecer; en todo caso, nunca por un fin último e inamovible, según la doble mirada Nietzsche-Foucault.

De una manera muy bella y clara termina Foucault su texto *Nietzsche, la genealogía, la historia* reconociendo que: "En cierto sentido, la genealogía vuelve a las tres modalidades de la historia que Nietzsche reconocía en 1874, y vuelve, por encima de las objeciones que entonces le hacía en nombre de la vida, de su poder de afirmar y de crear. Pero vuelve metamorfoseándolas: la veneración de los monumentos deviene parodia, el respeto de las antiguas continuidades deviene disociación sistemática; la crítica de las injusticias del pasado por la verdad que el hombre detenta, hoy deviene destrucción del sujeto de conocimiento por la injusticia propia de la voluntad de saber"¹¹. Una nueva voluntad y un nuevo portador de esa voluntad, una puesta en juego de elementos discontinuos, de acontecimientos azarosos, un despliegue de fuerzas disipadas entre lo carnavalesco y lo ceremonioso, lo ritual repitiendo la cultura, toda la historia

humana o de la humanidad cuestionada, no en aras de la comprensión, sino en función de habitar el peligro, de encarnar el peligro; un pensamiento que deviene risa, ironía, juego; un pensar que deviene saeta, que zanja el rostro, el propio y el que se proyecta a través del espejo, el simulacro. Es más, Foucault cita en la *Arqueología del Saber* que "Más de uno como yo sin duda, escribe para perder el rostro". Este rostro que se pierde ahora en las formas difusas de los vuestros.

● Bibliografía

DUSSEL, Inés (2003). Foucault y la escritura de la historia: Reflexiones sobre los usos de la genealogía. En: Revista Educación y pedagogía Vol. XV # 37, Universidad de Antioquia, Facultad de Educación, Medellín, Septiembre-Diciembre.

FOUCAULT, Michel (1972). La arqueología del saber. México: Siglo XXI.

FOUCAULT, Michel (1992). El orden del discurso. Buenos Aires: Tusquets editores.

FOUCAULT, Michel (1993). Las palabras y las cosas. Madrid: siglo XXI editores.

FOUCAULT, Michel (1996). La verdad y las formas jurídicas. Barcelona: Gedisa.

FOUCAULT, Michel (2004). Nietzsche, la genealogía, la historia. España: pre-textos.

GUEDEZ, Annie. Lo racional y lo irracional: Introducción al pensamiento de Michel Foucault.

RESTREPO VÉLEZ, Santiago y CARVAJAL GODOY, Johman (1990). A propósito del análisis genealógico en Michel Foucault. Revista Escritos Vol. 8 # 21, Medellín, UPB.

¹⁰ Ibíd. P. 63

¹¹ Ibíd. P. 75.